

CONOCER EL SIGLO II

2

Fernando Rivas Rebaque

San Justino,
intelectual cristiano en Roma



Ciudad Nueva

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

© Fernando Rivas Rebaque

© 2016, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 20028 Madrid
www.ciudadnueva.es

ISBN: 978-84-9715-358-4
Depósito legal: M-42.711-2016

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Afanias Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

A mi madre, con cariño y agradecimiento

INTRODUCCIÓN

Inicias el periplo por un período clave en la formación del cristianismo, el siglo II. Como el recorrido será largo haremos escala en cuatro importantes ciudades del Imperio romano en este tiempo: las cuatro con puerto, las cuatro con una población bastante abigarrada y las cuatro con una importante comunidad cristiana.

Empezaremos por la capital, Roma. Desde allí nos trasladaremos a una de las ciudades más bulliciosas y llena de negocios del Imperio, Antioquía. La siguiente parada será en Alejandría, la auténtica ciudad de las ciencias y de las artes. Y concluiremos el viaje en Lyon, un importante centro comercial y político de la parte occidental del Imperio, muy conectado con algunas ciudades de Turquía que bordean el Mediterráneo (zona denominada por entonces Asia Menor). En cada una de estas ciudades encontrarás maravillas insospechadas: paisajes espléndidos y edificios singulares, pero sobre todo comunidades y personas que merecen la pena conocer.

Este viaje no lo vamos a hacer solos ni por nuestra cuenta, sino que estaremos acompañados por las voces y los rostros de algunos de los protagonistas cristianos más destacados de este período. Ellos nos servirán como guías para hacer más agradable y provechoso el trayecto. Aparte de ser excelentes conocedores del terreno que pisamos, son muy hospitalarios y grandes conversadores.

Es bueno que ya desde ahora conozcas sus nombres: Justino, Ignacio, Clemente e Ireneo. Los cuatro saben qué es esto de viajar: Justino nació en Palestina, pero pasó una parte importante de su vida en Roma, donde murió como mártir; Ignacio se enorgullece de ser antioqueno, pero le tocó acabar sus días en Roma, condenado a las fieras; de Clemente se dice que nació

en Grecia, pero en su documento de identidad pone: «Residente en Alejandría», ciudad que tuvo que abandonar al final de sus días para evitar que lo persiguieran; Ireneo es natural de Asia Menor, pero muy pronto tuvo que emigrar, como muchos otros, a Lyon. Justino y Clemente eran laicos, Ignacio e Ireneo obispos.

Alguien podría preguntar: «¿Y por qué tenemos que viajar al siglo II? ¿No hay algún tiempo más cercano donde hablen un idioma que entendamos, y no el dichoso griego (que era el inglés de su tiempo)?». Pues la verdad es que sí, pero no hay ninguna época tal crucial para entender el cristianismo como el siglo II (si exceptuamos, claro está, el siglo I). Fue este siglo el que presenció el nacimiento del canon de los escritos sagrados cristianos, la organización de los ministerios eclesiales, muy parecidos a como los tenemos en la actualidad, y la fijación de sacramentos tan fundamentales como el bautismo y la eucaristía, entre otras cosas.

Al estar tan lejos en el tiempo, a veces nos sorprenderán sus costumbres, o nos sentiremos extraños ante sus maneras de vivir y expresarse, por no decir sus pensamientos; de aquí la necesidad de tener los ojos bien abiertos y los oídos muy atentos para descubrir lo que nos quieren decir.

Para evitar que el viaje se nos haga muy pesado cada parada va a ser un libro. Ahora estás ante la escala que vamos a hacer en Roma y en compañía de Justino. En principio, y para ser honestos, deberíamos haber empezado por el más antiguo, Ignacio, pero Roma es la capital y el centro del mundo entonces conocido, así que tiene prioridad.

Asimismo, y para no repetir las cosas ya vistas, en cada ciudad nos centraremos en algún aspecto particular. En este caso, dado que Justino es un filósofo, le hemos pedido que nos hable del papel de los intelectuales en la vida de las comunidades cristianas, a lo cual se ha prestado generosamente: «Al fin y al cabo, ha dicho, es lo que suelo hacer todos los días, así que porque lo haga otra vez más, no pasa nada. ¡Ah!, con respecto al concepto de “intelectuales”, aunque es una palabra que no conozco, me imagino que os referís a las personas dedicadas

al saber, así que no me molesta, sino que me agrada enormemente».

Justino tiene toda la razón, sin duda, porque el concepto de «intelectual» no aparece hasta el siglo XIX, en Francia, para designar a todas aquellas personas que tenían una especial relación con el mundo del conocimiento, en todas sus facetas, como los escritores, científicos, profesores, investigadores, artistas... Sin embargo vamos a utilizar esta palabra porque define muy ajustadamente su función social y es un concepto que hoy utilizamos de manera habitual.

Dado que uno de los problemas de los viajes es todo lo que tenemos que meter en la maleta lo haremos «ligeros de equipaje». Es decir, vamos a utilizar solo las notas a pie de página que consideremos necesarias para la comprensión del texto, evitando el peso excesivo que supone quedarse en cada uno de los detalles.

De todas maneras, si alguien quiere informarse mejor, porque este o aquel paisaje o persona les pareció especialmente interesante, que no se preocupe, porque a la conclusión de cada capítulo pondremos una serie de libros escogidos para seguir profundizando en el mismo. Y al final del libro pondremos toda la bibliografía utilizada, por si alguien quiere conocer más en profundidad el sitio donde hemos estado, e incluso visitas complementarias a lugares o personajes cercanos.

Última advertencia: el lenguaje de este libro no es el habitual en estos casos, de carácter más académico, sino un lenguaje narrativo.

Ante la crítica de que esto quita seriedad al contenido, que limita su credibilidad, o cosas parecidas, no responderé diciendo que los textos claves de nuestra vida suelen ser narrativos –como los evangelios para los cristianos–, sin que esto suponga demérito para su contenido, ni que la narración nos permite otros acercamientos diferentes al lenguaje descriptivo y analítico, ni que casi siempre escribimos para gente como nosotros (autorreferencial creo que se dice). Simplemente afirmo que estoy cansado de tener que decir que trabajo «en cosas raras» (en mi caso patología) y sonrojado de que la mayor parte de

lo que escribo no se lo pueda dar a muchas de las personas con las que suelo estar y compartir la vida, porque se les cae de las manos, no entienden nada o sencillamente no les interesa.

Así que voy a procurar hacerlo de la manera más accesible que pueda para aquellas personas que no conocen este tema, no tienen estudios superiores, no son creyentes o consideran que estos temas son obsoletos. Estoy convencido de que no siempre lo conseguiré, pero por lo menos voy a intentarlo.

En relación al contenido de este libro, en el capítulo primero («Yo, Justino») se comienza dando voz a nuestro autor, pues será él el que nos cuente su vida. El carácter autobiográfico de este primer capítulo nos permitirá conocer los modelos de educación de su tiempo y hacer una visita cultural por la ciudad de Roma en torno al 150 d.C., para así descubrir las personas que marcaron la agenda cultural de este tiempo, entrar en sus preferencias o gustos y visitar los lugares donde se estaba gestando la vida intelectual de esta época.

Al mismo tiempo conoceremos de primera mano los principales intereses de Justino, veremos de qué manera desarrollaba su trabajo como filósofo y lo acompañaremos por los espacios en los que se movía, los grupos con los que estaba en contacto y muchas otras cosas que no quiero revelar ahora para mantener la tensión.

A partir del capítulo segundo entramos en el núcleo del libro, que constará de tres capítulos dedicados a mostrar cómo Justino se situaba ante el «otro» en sus diferentes dimensiones: el otro de lejos (los paganos, c. 2), el otro de cerca (los judíos, c. 3) y el otro de dentro (los herejes, c. 4).

Así en el capítulo segundo («*Adversus christianos*. Frente al otro de fuera [paganos]») se recogen en forma de juicio las acusaciones que se hacían contra los cristianos en este tiempo –las populares, las de los intelectuales paganos y las autoridades imperiales–, así como la defensa (*apología*, en griego) que Justino realiza frente a ellas. Al fin y al cabo estamos en Roma en el siglo II, donde el género forense o judicial era muy apreciado y era una de las tareas más habituales de los intelectuales de este período.

En capítulo tercero («*Diálogo del judío Trifón con el cristiano Justino*. Frente al otro de cerca [judíos]») planteará en forma de diálogo, un género muy apreciado en la Antigüedad greco-romana, las conflictivas relaciones entre judaísmo y cristianismo en el siglo II. Intentaremos, aunque no lo aseguramos, que la iniciativa la lleve el judío Trifón y que la conversación se mantenga dentro de los límites del mutuo respeto.

El capítulo cuarto («*Syntagma* o *Tratado sobre todas las herejías*. Frente al otro de dentro [herejes]») tiene como objetivo recuperar en la medida de lo posible esta obra perdida de Justino así como las disputas entre las diferentes corrientes cristianas existentes en este momento en Roma. Los géneros utilizados en este caso son, en primer lugar, la polémica, por lo que no debería sorprendernos ni la dureza de las expresiones ni su parcialidad, puesto que es recíproca. De hecho Justino fue de los primeros en aplicarla al plano interno del cristianismo, llamando a los otros de dentro «herejes». Con posterioridad se explicitarán en forma de credo y de manera más extensa aquellas creencias compartidas que Justino considera necesarias para la fe cristiana.

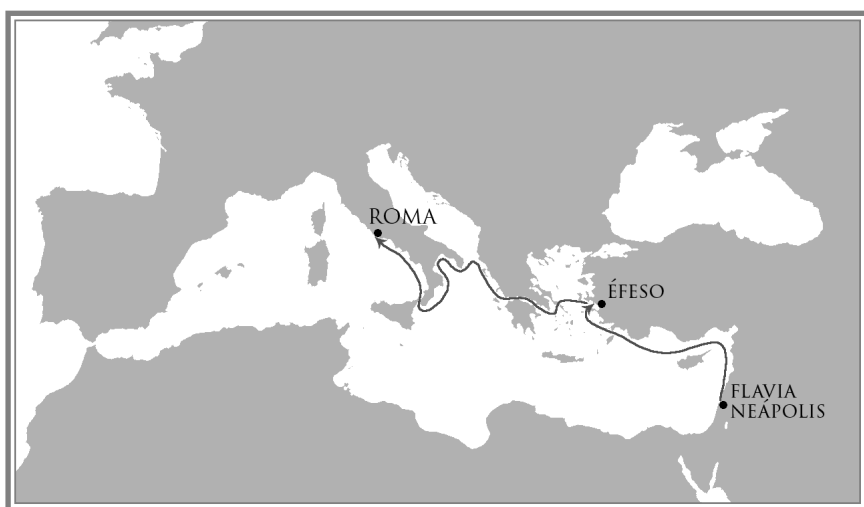
Terminaremos el libro, no con una conclusión, como suele ser habitual, sino con el capítulo quinto, titulado: «Justino y yo». Soy plenamente consciente de que, si no podemos descubrir lo profundo (el «alma») de las personas más cercanas, sino solo intuirlo, es una osadía atreverse con alguien tan lejano, en todos los sentidos, y del que solo poseemos una serie de escritos, como es Justino. Pero es una invitación y una obligación intentar plasmar los implícitos con los que me he acercado a esta figura tan importante para el cristianismo del siglo II y explicitar la imagen que me queda de Justino después de haberlo estudiado. El género literario que emplearé para este capítulo será el epistolar, pues considero que es uno de los más útiles para salvar las distancias que nos separan y restablecer los puentes que nos unen.

Dos cuestiones antes de acabar la introducción: la primera, los textos bíblicos del AT están tomados de la versión griega de los LXX, que era la habitual en la Iglesia de este período

y fue la que utilizó Justino, aunque he respetado la numeración y el orden del texto hebreo para así facilitar la lectura. La segunda: los capítulos más amplios, el segundo y el tercero, están divididos en sesiones o días como una forma de facilitar la lectura, ayudar a su comprensión y evitar el empacho.

Y sin más dilaciones empezamos la travesía por este vasto Impero romano, que el Viento nos sea favorable.

– Viajes de Justino –



CAPÍTULO 1

«YO, JUSTINO»

«Yo, Justino...¹, hijo de Prisco, que lo fue de Bacquio, natural de Flavia Neápolis, de Siria Palestina»², quiero escribir la historia de mi vida antes de que llegue a su fin. Mi abuelo Bacquio, de origen griego, participó en la primera revuelta judía del 70 d.C. Acabada la guerra, y como recompensa por los servicios prestados, el emperador Vespasiano le concedió unos terrenos y una casa en Flavia Neápolis, una ciudad recién fundada por el emperador³ en el 72-73 d.C., cerca de las ruinas de la antigua Siquén, en la parte sur de Samaria, denominada entonces Siria Palestina porque desde la guerra estaba prohibido mencionar el nombre de Judea. Estratégicamente situada, era una zona muy fértil y con los materiales para la construcción muy a mano.

Mi ciudad había sido fundada por soldados veteranos procedentes de diversas partes del Imperio y tenía una fuerte impronta militar. De niño recuerdo haber ido a visitar las tumbas

¹ Aunque esta autobiografía no ha sido escrita obviamente por el propio Justino, las personas y acontecimientos que se incluyen en ella reflejan, salvo algunas pequeñas licencias «poéticas», la realidad que le tocó vivir. A partir de ahora se utilizarán las siglas 1Apol, 2Apol y D para referirse a *Primera Apología* (1Apol), *Segunda Apología* (2Apol) y *Diálogo con el judío Trifón* (D), mientras Actas alude a las *Actas del martirio de san Justino y sus compañeros*. Las referencias a los escritos de

Justino están tomadas de la traducción de Daniel Ruiz Bueno en *Padres apologetas griegos*, Madrid 1979, pp. 155-548.

² 1Apol 1.

³ Vespasiano era de la dinastía Flavia, y la palabra Neápolis, que proviene de *nea* («nueva») y *polis* («ciudad»), era un apelativo bastante común en el Imperio romano para designar ciudades de nueva fundación. De Neápolis proviene el nombre de Nablus en la actual Palestina.

de M. Ulpio Claudio, de la V Legión Macedónica, la de Cayo Valerio de la IV Legión Flavia y la de un soldado de la III Legión Cirenaica. Aunque se hablaba griego, en ciertos temas el latín no se había olvidado. De hecho, el nombre de mi padre, Prisco, y el mío propio, Justino, son de origen romano y comunes en la zona.

A pesar de encontrarse en zona samaritana mi ciudad tenía un claro carácter pagano, como mostraba el templo construido en honor de Zeus cuando yo tenía unos treinta años, muy cerca del monte Garizim –lugar de culto tradicional de los samaritanos⁴–, las monedas que se acuñaron por los años 160 d.C. dedicadas a Esculapio e Hygeia (diosa de la salud) o las numerosas representaciones que allí se dieron de los dioses Apolo, Diana, Ceres, o héroes como Hércules y Teseo⁵. Como toda ciudad que se preciase por aquel tiempo teníamos fuera de las murallas un teatro, un circo y un anfiteatro⁶.

Yo fui a nacer a comienzos del siglo II, en torno al año 100, sin duda el período de mayor extensión, paz y bienestar conocidos en el Imperio romano. Mi vida se desarrolló bajo el gobierno de Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio, los cuatro elegidos como emperadores por adopción, con un amplio mandato y muy dedicados a la promoción del bien común.

Las relaciones entre el Senado y los emperadores, tan conflictivas en épocas anteriores, se habían pacificado por completo en este siglo con la inclusión de senadores no itálicos y el protagonismo que se otorgó al Senado, aunque todos sabíamos que eran los emperadores los que realmente gobernaban.

La administración del Imperio fue encomendada cada vez más a funcionarios de carrera y no, como en anteriores períodos, a los miembros de las grandes familias, al tiempo que los emperadores se rodearon de un consejo que les asesoraba en

⁴ Cf., Jn 4,19-21.

⁵ Cf., 1Apol 25.

⁶ Para saber algo más sobre el lugar de nacimiento de Justino se pueden

consultar *Las guerras judías* del historiador judío Flavio Josefo (IV,449) o la *Historia natural* de Plinio el Anciano (V,13).

sus funciones de gobierno. Se empezó a conceder la ciudadanía romana a un número cada vez mayor de personas y las provincias se fueron poblando de nuevas ciudades gobernadas por dinámicas aristocracias locales en un proceso de urbanización sin precedentes.

Los emperadores redujeron enormemente los gastos propios y los donativos personales. Esto, unido a la mejora en la forma de cobrar los impuestos, dio como resultado que, a pesar del aumento de las obras públicas y las ayudas alimenticias, disminuyeran las cargas fiscales y las finanzas imperiales se mantuvieron incluso con superávit. La plata que venía de Dacia (actual Rumania), una de las provincias recientemente anexionada, y la ausencia de conflictos bélicos importantes durante este tiempo no fueron ajenos a este creciente bienestar. La pacificación del Imperio, sobre todo de lo que los romanos llamaban *Mare Nostrum* (Mediterráneo), trajo consigo una gran movilidad social y un crecimiento considerable del comercio.

Junto con el aumento de la influencia de los miembros de los estamentos intermedios en el gobierno del Imperio, el fenómeno social más notable de mi tiempo fue el papel tan importante que jugaron las aristocracias provinciales, elegidas en muchos casos como miembros del Senado, con la consiguiente aparición de un numeroso grupo de ricos comerciantes deseosos de hacerse notar en el panorama social mediante la financiación de edificios públicos, la puesta en marcha de ciertos servicios sociales y el apoyo a actividades de carácter cultural. Un patrocinio que ya antes habían iniciado los emperadores con la apertura de nuevas bibliotecas o la creación de cátedras de filosofía y al que se sumaron estos nuevos ricos y los notables de las ciudades.

Sin embargo desde una mirada en profundidad no dejaba de comprender el contraste entre el auge y la expansión tan considerables en los campos económico, político y social, y la decadencia o crisis de la religión y la cultura, a pesar de haber sido potenciadas o incluso subvencionadas por los poderes públicos, sobre todo los emperadores Adriano y Marco Aurelio.